LA POESIA DE JOSE HIERRO

Los ocho libros que hasta ahora forman la producción total de José Hierro están orgánicamente entrelazados respirando una misma preocupación, que evoluciona con el tiempo, pero que en esencia no cambia. La angustia existencial que vemos en el primer libro del poeta *(Tierra sin nosotros)* se repetirá en los restantes libros, porque a José Hierro le preocupa la vida humana, siempre tan sujeta al esclavizador poder del tiempo.

En *Tierra sin nosotros* vemos el primer intento por conseguir la actualización de un pasado mejor que se ha borrado. Tierra que se ha quedado sin nosotros —como indica el título—, porque todo y todos estamos sujetos a cambio. La mayor parte del libro es un esfuerzo del joven poeta por refugiarse en unos recuerdos, en un mundo, en que había sido feliz. Pero ese mundo no duró ni llegó a completarse como el poeta hubiese querido:

Yo no me acuerdo de aquello
un día tuvo que perderte.
Cuando se hallaba el mundo a punto
de que el prodigio sucediese.

Cuando tenía cada instante
su ritmo nuevo y diferente,
cada estación sus ubres llenas,
rebosantes de blanca leche... (1).

El prodigio que esperaba el poeta no se llevó a cabo, pero, no obstante, él se yergue tratando de encontrar nuevas fuerzas: «El dolor nos hace hombres / y ya ninguno estamos solos» (2). Es por medio del dolor que el hombre conquista su mendrugo de alegría, sugiere el poeta. De este dolor y fuerte melancolía que rezuma este primer libro de poemas se alejará el poeta, o por lo menos tratará de alejarse, haciendo un esfuerzo supremo por conseguir llegar hasta la felicidad; así el título de su próximo libro será *Alegría.*

La conquista del dolor por medio de la alegría es el tema central del segundo libro de Hierro. Conquistar la fe en el vivir es lo que se propone conseguir el poeta en *Alegría.* El pasado, que se había cernido como una sombra ineludible sobre el mundo poético de *Tierra sin nosotros,* se ve ahora, en este segundo libro, postergado por deseo del poeta, que querrá a toda costa encontrar y gozar de la alegría del presente. Este es quizá el libro más vital de Hierro, vital en el sentido de inmersión total en el presente, en el instante que se vive. Es, por tanto, un libro de esfuerzo consciente por borrar la huella del pasado. Y de este esfuerzo brotan un puñado de poemas en los que la Naturaleza está pintada con vitalidad, con frescura, con entusiasmo juvenil. El poeta ha comprendido la necesidad de vivir en el presente, de comprometerse consigo mismo:

Aquel que ha sentido una vez en sus manos temblar la alegría no
podrá morir nunca.
Yo lo veo muy claro en mi noche completa.
Me costó muchos siglos de muerte poder comprenderlo,
muchos siglos de olvido y de sombra constante,
muchos siglos de darle mi cuerpo extinguido
a la yerba que encima de mí balancea su fresca verdura (3).

Pero este presente al que el poeta se afianza con tanto empeño es sólo un punto en la interminable línea de pasado y futuro; es un instante fugaz que siempre se transforma en pasado. Y el pasado es siempre irrecreable, pese a los repetidos esfuerzos del ser humano por actualizarlo. El poeta evoca el pasado o se lo imagina, pero como cubierto por un indeleble velo de niebla o como a través de un cristal de aguas

(1) José Hierro: *Poesías completas.* Madrid, 1962, p. 18.
(2) *Ibíd.,* p. 43.
(3) Hierro, p. 117.

turbias —la memoria—, que permite ver solamente el bulto del pasado. pero no los perfiles y detalles:

Pero estoy mirando en las aguas
el cielo, ya roto, mi imagen, ya rota,
y temo que tú, así, comprendas
que es rotos como hay que mirarnos, huyendo en el tiempo,
cayendo a otras manos que no son las nuestras,
para ver la alegría madura y saber que el destino se cumple (4).

Roto es como hay que verse a sí mismo, porque todo está sujeto al paso del tiempo. El vivir conlleva la inmersión en la continua corriente de lo temporal.

De la alegría un poco forzada del segundo libro pasa Hierro a la resignada meditación de *Con las piedras, con el viento.* Este es un libro más maduro y más grave. Obra, además, en la que se consigue una especie de término medio entre el sentimiento de pasado *(Tierra sin nosotros)* y de presente *(Alegría).* Pasado, presente y futuro aparecen en este tercer libro del poeta, pero con más gravedad. El tiempo en su constante fluir ha trocado el sentir del autor. Ahora no es el tiempo lo que se concibe como un pasado inescapable y a la par irrecreable, que ronda como una pesadilla el mundo poético del autor. Tampoco es un futuro idealista ni tan siquiera un presente vital. El tiempo no es ya una línea, sino un círculo que sigue el ciclo de todas las cosas: nacimiento, vida, muerte, pasado, presente, futuro:

Dicen que todo torna, y en mí ¿nada
torna? La primavera deshojada
¿de nuevo cobrará su lozanía,

y yo he de andar con sombras en la frente,
morir, pasar irremisiblemente
sin la resurrección al tercer día? (5).

La perentoria pregunta de estos versos se verá contestada en otro poema, en el cual Hierro parece reconocer y aceptar la fugacidad del presente y la imposibilidad de revivir el pasado:

Voy pasando entre los árboles
amarillos que se desnudan.
Juegan al corro niños. Hombres
van y vienen. De la hermosura
del cielo, bajan chorros cálidos
que anidan en las hojas últimas.

(4) HIERRO, p. 129.
(5) HIERRO, p. 281.

Yo me siento feliz. Al fin
he desterrado la amargura.
Puedo mirar, sin pena, cómo
se desvanece mi aventura.
Cada retazo de paisaje
limpio yo veo. Ni la duda
ni el recuerdo, ni la nostalgia
empaña su evidencia muda (6).

En *Quinta del 42* se nota que el poeta ansía evadirse del concepto tiempo que él siente gravitar sobre sí. Este deseo imperioso le hace exclamar:

Ya libre y feliz, como viento que no halla ni rosa, ni mar, ni molino.
Sin memoria, ni historia, ni edad, ni recuerdos, ni pena (7).

Pero, claro, esto es una ilusión más que una realidad patente. No obstante, el poeta sigue exclamando:

Se ha roto el tiempo y la tristeza. Reina
la eternidad viva.
.....
Oh, tiempo (yo, sin tiempo) (8).

Y más adelante continúa:

Sin tiempo. Sin caminos.
Como un árbol sin hoja.
Como una primavera
muda, y errante y rota... (9).

El tiempo, por tanto, es convertido en un presente eterno o, lo que es lo mismo, deja de existir. Eternizarse es hacerse presente permanente e inmovible. Y este deseo de eternidad se manifiesta en un esfuerzo por deshacerse del pasado y del futuro y por la rebeldía de estar inexorablemente atado al tiempo. Eternizarse equivale a libertarse de la rueda del tiempo.

Estatuas yacentes, cuarto libro del poeta, gira alrededor de un motivo narrativo. Se trata de un largo poema inspirado por dos estatuas de la catedral románica de Salamanca. Vida, muerte y eternidad se aúnan en el soliloquio del poeta ante las tumbas de los esposos yacentes que fascinan a José Hierro, porque en su pétrea inmovilidad están a salvo del devenir del tiempo:

(6) HIERRO, p. 282.
(7) *Ibid.*, p. 328.
(8) *Ibid.*, pp. 340-341.
(9) *Ibid.*, p. 424.

No vivió nunca en el pasado
ni soñó jamás el presente.
Se movía por el futuro,
acaso por la eternidad (10).

En *Cuanto sé de mí* están las ansias, las desilusiones, los sueños del poeta (y del hombre quizá), expresados con sencillez, con ternura:

Nos va enseñando tanto
la vida... Nos enseña
por qué un hombre ve rota
su voluntad, y sueña,
y vive solitario;
por qué va a la deriva
en el témpano errante
arrancado a la costa,
y se deja morir
mientras mira impasible
cómo se hunden los suyos,
la carne de su carne,
su hermoso mundo... (11).

El factor tiempo es tema central en este libro, como lo es también en el resto de la obra poética de José Hierro.

En el *Libro de las alucinaciones* (1964), las tres facetas del tiempo —pasado, presente, futuro— tienden a confluir en lo atemporal. No existe el concepto *real* de tiempo y el poeta vaga escapándose, desvaneciéndose, sin certeza de momento presente, pasado o futuro. El momento se desmorona diluyéndose en la poesía, y es solamente por ella y en ella que el poeta pueda dar constancia de esa evanescencia:

Imaginar y recordar...
Hay un momento que no es mío,
no sé si en el pasado, en el futuro,
si en lo imposible... Y lo acaricio, lo hago
presente, ardiente, con la poesía (12).

La corriente subterránea del tiempo, cuyo río visible es el presente, pierde ahora ese río, ese presente y se torna toda interior, confusa, alucinada. Su reflejo es el poema de tipo febril e intensidad de torbellino interior, de conflicto íntimo. Lo que el hombre puede hacer es preguntarse, arañar al silencio con su palabra y, al mismo tiempo, aceptar las cosas como son:

(10) HIERRO, p. 424.
(11) *Ibid.*, p. 463.
(12) JOSÉ HIERRO: *Libro de las alucinaciones*. Madrid, 1964, p. 5.

Pero se me ha borrado
la historia (la nostalgia)
y no tengo proyectos
para mañana, ni siquiera creo
que exista ese mañana (la esperanza).
Ando por el presente
y no vivo el presente
(la plenitud en el dolor y la alegría).
Parezco un desterrado
que ha olvidado hasta el nombre de su patria,
su situación precisa, los caminos
que conducen a ella (13).

El *Libro de las alucinaciones* se plantea el problema del significado del hombre aislado de su propia historia personal, de su pasado, y sin esperanzas en el futuro, sin sueños. Tal hombre viviría como un barco en alta mar y a la deriva. Para vivir y tener conciencia de que se está viviendo es menester anclarse en el tiempo presente, aceptar el dolor y la alegría, que es, al fin de cuentas, la esencia de la vida. Pero, además, es preciso que el hombre sueñe y evoque, aun a sabiendas de que el futuro último no será una sorpresa. José Hierro es un poeta existencial en su tratamiento del tiempo:

Cualquier punto del orbe (perdonad
la generalización pedantesca)
es un lugar para soñar, para vivir,
para estar solo y continuar la espera
sin demasidda avidez,
sin emoción y sin sorpresa.

La fugacidad del presente, la imposibilidad de recrear el pasado y la desesperanza en un futuro que reserva al hombre la muerte son los tres aspectos de la poesía existencial de José Hierro. En su obra se hermanan optimismo y desaliento, pero no en una unión apacible y tranquila, sino en una constante lucha. Ante el problema del fluir del tiempo, que lo va enterrando todo, el poeta tiene que erguirse, conquistando al dolor con la alegría. Es precisamente este esfuerzo constante lo que le da a la poesía de José Hierro uno de sus mayores atractivos.—*ANA MARIA FAGUNDO (Department of Spanish University of Californiz. RIVERSIDE, California 92502. USA).*

(13) HIERRO: *Libro de las alucinaciones*, p. 94.